



COLECCIÓN DE CANCIONES

LA ZAGALA

Junto á un riachuelo
 á una zagala vi;
 al contemplar su gracia
 todo me sorprendi.

Y al ruido que yo hacía
 al acercarme allí,
 muy asustada dice:
 «¡Ay de mí! ¡ay de mí!»

Al verla tan graciosa,
 tan llena de beldad,
 la dije yo: «Mi diosa,
 ¿te has sosegado ya?»

Estaba entretenida
 regando su vergel,
 y al verse sorprendida
 la asusté, la asusté.

Me puse á obsequiarla
 con flores á escoger;
 de rosas encarnadas
 la parecieron bien.

La hice un ramillete
 con fina voluntad,
 dos mil gracias me daba
 con amabilidad.

Sobre la verde alfombra
se sienta, y con rubor,
cuanto más la miraba
mejor me pareció.

Sus mejillas preciosas
exaltaban mi amor,
y yo entre mí decía:
«¡Ay pasión! ¡Ay pasión!»

«No te vayas, bien mío,
no me abandones, no;
atiende á las fatigas
que por ti sufro yo.

Mira que mi albedrío
á ti ya se rindió;
y ella ruborizada
el rostro se ocultó.

«Adiós, linda zagala,
que fiel te conocí,
triste y desconsolado
ya me ausento de ti».

Los dos nos despedimos
dando muestras de amor;
dijimos suspirando:
«Adiós, adiós, adiós».

LA BELLA NICETA

Bendita la madre sea
que te parió tan hermosa,
tan bonita, tan graciosa
y en belleza sin igual.

Yo te adoro desde el punto
que te vi la vez primera,
y no puedo, aun cuando quiera,
dejarte de idolatrar.

Eres mi dulce embeleso,
eres mi hechizo y mi encanto,
y te quiero tanto, tanto,
que no te podré olvidar.

Aunque ingrata me desprecies
y que muera determines,
cuanto tú más me abominas,
tanto yo te debo amar.

Fiera, pues, á par que hermosa,
generosa y compasiva,
dì que me amas porque viva,
y no me hagas suspirar.

Quiéreme, Niceta hermosa,
quíereme, sol de la tierra,
y si no, tus ojos cierra,
que me mata su mirar.

Bendita la que te dió
esos ojos hechiceros,
que cual dos grandes luceros
eclipsaron mi razón.

Eres tú la más hermosa,
eres tú la más divina,
eres tú pichona mía,
mis delicias y mi amor.

Si el amor á ti se uniera,
¡cuán dichoso yo sería!
y en tus brazos gozaría
la mayor felicidad.

Luzca risueña la urore
de tu sien pura y serena,
ven á mitigar mi pena
y mi llanto á consolar.

EL ESTUDIANTE DE TUNA

Con un manto raído
cual venerable antigualla,
y con tricornio en batalla,
de mil picos guarnecido,
un estudiante, seguido

de dos compañeros más,
de la guitarra al compás
entonaba esta canción,
que los estudiantes son
peores que Barrabás:

¡Viva la gresca!
¡viva la tuna!
corriendo el mundo
se hace fortuna;
guárdate, Bruna,
guárdate, Inés,
mira que somos
tunos los tres.

Las convulsiones de Europa,
en sus furores violentos,
dieron fin con los conventos
donde nos daban la sopa:
todo va con viento en popa,
y quiso fortuna ruin
acabar con el latín.
Mas no es cosa de apurar
mientras sepamos rascar
la barriga á un violín.

¡Viva el tricoruió!
¡viva el manteo!
¡viva la zambra!
¡viva el jaleo!

¡ay qué meneo!
Guárdate, Inés;
mira que somos
tunos los tres.

En vez de ser un panarra
y de servir á cualquiera,
hago sonar la pandera
al compás de la guitarra.
Murcia, Valencia, Navarra,
Cuenca, Toledo, Aragon,
toda España, en conclusión,
piensa incesante correr
quien ministro puede ser,
aunque hoy es un pobretón.

Una limosna
pido á mi Blasa
cuando su madre
sale de casa.
¡Guarda, Colasa!
¡guárdate, Inés!
mira que somos
tunos los tres.

LA PEPIYA

Quiero á mi Pepa, y no es broma;
porque es jembra mu juncal,
eya me jase elirar
si á la ventana se asoma.

¡Toma, y toma!

Dame tu pico, paloma,
y un granito de tu zal;
vales más que el mundo entero:
¡juy, salero! ven acá.

Soy más duro que una piña,
y mi Pepa me deshase
con las monás que me jase
y un ojito que me guiña.

¡Niña, y niña!

Niña, por Dios no me riña,
que no te quiero enfaá;
dame, paloma, tu pico:
¡juy, qué rico! ven acá.

De buena gana, á la guerra
fuera, mi Pepa, por ti:
abre la ventana y di,
trágume si no la tierra,

¡Perra, y perra!

¡Quién en el mundo no yerra!
Nena, si yo te ofendi,
fué sin poerlo remediá:
¡juy, salero! ven acá.

No hay una jembra en Sevilla
de más garbo y más meneo,
ni con mejor zarandeo
que el que tiene mi Pepiya.

¡Chiya, y chiya!

Chiya, mira que te piya
un janatao cañi,
y si te piya un gitano,
¡ay de mi, ay de mí!

Acaba é sali, malhaya;
tanto melindre, churrú;
si cuando me buscas tú
soy tan blando que me jayas.
¡Vaya, y vaya!

Pepiya, asómate y caya;
si al fin te vas á asomá,
no me jagas jerrar tú;
sielo mio, ven acá.

CANCIÓN DEL ¡AGUA VA!

Antoñuelo se me acerca
cuando riego mi rosál,
y si de él me da una rosa,
yo no sé lo que me da

¡Agua va...!
Apártate, vida mía,
más allá,
que el premio de tu porfia
salir mojado será.

A la pila de la iglesia
vino á verme santiguar,
y por poco no le baño
con el agua bautismal.
¡Agua va...! etc.

Vino ayer, cuando regaba
muy temprano mi zaguán;
siempre llega ese maldito
á las horas de rogar,

¡Agua va...! etc,
Me cogió por la cintura,
un beso me quiso dar,
y preciso fué mojarle
para hacerlo escarmentar.

¡Ay de mí!
No te apartes, vida mía,
ven aquí.

Todo pobre que porfia
limosna consigue al fin.

EL ESPADA TORERO

A matá me está yamando
el timbal y el trompetin,
y hasta el bicho berreando
mestá isiendo: quieco morir.

Cuando salgo hasta los medios
con el trapo y con la espá,
¡Virgen santa é los Remedios,
waya un modo e palmoteá?

El estoque y la muleta,
que me está ya vagueando
toito el bulto, al contemplá
que la res me está esperando
con la testa arremangá.

¡Aónde están estos chavales
que no meten un capote
á este choto bravucon!
que estoy frito hasta el cogote...

Dios mos libre é un revolcón.
¡Entra, toro! ¡jui, Dios mio!
sa cresio: ¡malo va!

Mete pares sin canguelo;
toma vuelo, Juan de Dios,
y si er bicho ta acomete,
rechupete, aquí estoy yo!
¡Que te embroca! ¡no te asores!
na, señores, no ha sido na.

Que yo sé dónde me planto,
y aunque venga el bicho atrás,
estoy ya curao de espanto
y jecho á prueba de cornás.

Cabayeros, la postreira,
aquí va too un andaluz;
si me encaro con la fiera
se lo emboco hasta la cruz.

MADRID. — Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11

